

PEDRO J. RAMIREZ

Los Parlamentos de Cataluña y del País Vasco han sido escenarios esta semana de dos importantes debates en los que se ha examinado la política de los respectivos gobiernos autonómicos. He aquí una visión desen-

cantada y escéptica de lo que está en marcha en ambos enclaves. ¿No se estará sustituyendo el centralismo de Madrid por otro centralismo mucho más opresor y asfixiante del libre desarrollo individual?



«Garai-cochea abandonó Loyola en medio de los aplausos de los clérigos...»



«Pujol tiene una concepción mayestática de su propia dignidad...»

Marchando, una de honorables...

VARIAS personas que han visitado recientemente la Generalitat coinciden en relatar una insólita reacción del honorable Pujol. Sucede siempre en el momento de abandonar la estancia en que se ha producido la entrevista: Pujol hace el habitual gesto de deferencia, indicativo de que cede el paso a su interlocutor, pero cuando éste se dispone a franquear la puerta, él —tal vez habría que escribir El— se le anticipa y gana ágilmente la salida.

El honorable Pujol repite constantemente que es el máximo representante del Estado en Cataluña y que, en consecuencia, le corresponde asumir una concepción mayestática de su propia dignidad. Cuando Els Joglars satirizaron tanta pompa y ringorrango —mozos de escuadra, galas en el Liceo, acción «diplomática» exterior— en su peculiar versión del «l'hu, rey», el grifo de las subvenciones comenzó a cerrarse. Fue entonces cuando se plantearon abandonar el «país» del honorable Pujol y establecerse en la localidad oscense de Binéfar, acogidos a la menos discriminatoria tutela del Ministerio de Cultura de la «vecina» nación española.

Es posible que gestos como el recogido en el primer párrafo pudieran haber enriquecido el acervo de «gags» de Groucho Marx en su recreación de aquel fantástico presidente de Libertonía que barría el suelo con su levita e iba arrojando la ceniza de su puro, a modo de huella de su constante deambular. El lugar idóneo para su disección antropológica hubiera sido, sin embargo, aquel implacable y sensitivo libro —«La comédie du pouvoir»— que Françoise Giroud dejó prendido en la estela de su fugaz paso por uno de los primeros Gobiernos de Giscard.

Los españoles hemos visto durante el franquismo tantas representaciones de esa absurda, presuntuosa y vana «comedia del poder», que ya es difícil que nada nos produzca asombro. ¿Cómo no reconocer, por ejemplo, la litúrgica imagen del honorable Garai-cochea, abandonando el santuario de Loyola en medio de los aplausos de un protocolario pasillo de clérigos, formado para despedirle?

Uno de los principales problemas

comunes a Cataluña y el País Vasco es el exceso de influencia que la Iglesia católica ejerce en aspectos nada espirituales de la vida de la comunidad. Así, el nivel de beligerancia del cardenal Juhany en favor del nacionalismo, sólo es comparable al tridentino vigor de don Marcelo al servicio de la causa integrista. Cuando hace un par de semanas Radio Nacional entrevistó al abad de Montserrat, nadie hubiera dicho que quien hablaba era un «pastor de almas», a menos que se refiriera al alma «insubiyugable» de la «nación» catalana.

La diferencia es que en Euskadi se ha llegado todavía más lejos. Ahí están las estremecedoras declaraciones del ex etarra Teo Uriarte, uno de los históricos del proceso de Burgos: «El clero vasco ha hecho muchos militantes de ETA... Ellos predicaban y nosotros lo hacíamos...» ¿Cuánta sangre tiene a sus espaldas esa hipócrita Iglesia abertzale, capaz de bendecir el crimen y disculpar el asesinato?

Pontecorvo sabía lo que se hacía al colocar a un sacerdote como gran inspirador del comando que desarrolla la famosa «Operación Ogro». Con el propio Arzallus como máximo exponente, nada tan habitual —en el siguiente escalón— como encontrar a curas y ex curas en puestos directivos de los partidos nacionalistas y separatistas. Sólo la Compañía de Jesús es ya un auténtico «estado dentro del Estado», con tremenda influencia incluso en el poder sindical.

Es triste comprobar cómo la autonomía está sirviendo para potenciar los aspectos más reaccionarios, centrípetos y excluyentes —es decir, los defectos más «españoles»— que las burguesías vasca y catalana mantenían en estado latente. Comprendo que escribirlo así no me va a hacer muy popular ni en Bilbao ni en Barcelona, pero me duele que siga rodeándose de una aureola progresista un proceso que en absoluto está sirviendo ni para el progreso general de España, ni para el progreso particular de ninguna de sus partes.

Identificar autonomía con democracia y libertad significa reconocer el principio de la dispersión del poder como factor decisivo para el perfeccionamiento individual y para el desarrollo de los pueblos. Cuando el poder se halla repartido entre los niveles nacional, regional, provincial y local y todos esos éxitos respetan la capacidad de decisión de la persona, existe autonomía. Cuando cualquiera de esos resortes públicos asume, en cambio, un protagonismo asfixiante que lo convierte en principio y fin de todas las cosas, estamos ante el centralismo napoleónico, por mucho que se vista el santo de otra manera.

Ojalá me equivoque, pero tengo la impresión de que la Generalitat y el Gobierno vasco pretenden meterse mucho más en la vida de los ciudadanos

«... el exceso de influencia que la Iglesia católica ejerce en aspectos nada espirituales de la vida de Cataluña y el País Vasco»

de lo que venía haciéndolo la «bota opresora de Madrid» —atención, el PNV celebra esta tarde el Alderdi Eguna y es probable que de nuevo se escuche esta cantinela en los últimos tiempos.

Eso es, al menos, lo que se desprende de la obsesión de ambas entidades por controlar diputaciones y municipios, convirtiendo lo que hasta ahora eran dispersas sucursales de un desorganizado poder central en rígidas prolongaciones de un ensoberbecido poder autonómico.

Los mensajes que llegan de una y otra comunidad autónoma son bien poco alentadores. En Cataluña el primer liberal

que en más de cincuenta años ha ocupado la «cartera» de Hacienda en un «Gobierno» nacional o regional, Ramón Trias Fargas, desarrolla una política dirigida que habría abochornado a su paisano López Rodó. El delegado de publicidad de DIARIO 16 en el País Vasco, no deja de llamarnos la atención sobre el tremendo obstáculo que para el desarrollo de su cometido supone el hecho de que a Xavier Arzallus no le gusten ni las crónicas de nuestro corresponsal ni los editoriales del periódico.

El debate plenario de esta semana en el Parlamento vasco ha dado pie a Garai-cochea para exhibir la amenaza de convocar un referéndum —difícilmente cabría una iniciativa más sangrantemente anticonstitucional— para contrarrestar los efectos del pacto autonómico UCD-PSOE. Entre tanto, la Cámara homóloga catalana aprobaba la gestión del Gobierno de la Generalitat, sin tan siquiera entrar en el análisis de su tácita complicidad con las paranoicas declaraciones de Heribert Barrera, que tanto disgusto y desasosiego causaron entre los tolerantes y moderados altos cargos militares del principado.

La táctica del PNV y Convergencia ante el radicalismo separatista es siempre la misma. En Madrid nos dicen que miremos para otro lado, porque al replicarles desde el centro, es cuando adquieren importancia. En Bilbao y Barcelona, ellos también se callan por temor a perder votos, ya que saben que una parte de sus bases sueña con la misma quimera de la independencia.

¡Cuánto retraso, cuánta atrofia cultural! ¡Qué admirable me parece ese joven socialista vasco llamado Txiki Benegas, capaz de pronunciar el nombre de España en voz alta en la Casa de Juntas de Guernica y de reprocharle al PNV su aldeanismo insolidario! Su gesto ha sido el más progresista de la semana.



P. J. R.

EN MI ACERVA

■ No podía ser cierto que el teniente general Gómez de Salazar hubiera abandonado Madrid por temor a un atentado. Fue el último en dejar el Sahara. Cuando hace unos días se le requirió para ocupar una incómoda vacante en el Consejo Supremo de Justicia Militar que habrá de juzgar a los procesados por el 23-F, su respuesta fue valiosamente afirmativa: «Yo siempre he estado en primera línea.»

■ Los nervios se están adueñando del Partido Socialista. Sus prohombres llevan ya algún tiempo vendiendo la piel de un oso que aún les falta por cazar y cualquier obstáculo que se interponga en su camino puede ser en adelante denunciado como parte de una aviesa conspiración.